somos sus hijos, le tenemos amor y con

gusto la predicamos.

Nada habria que fuese tan criminal como tener el rubor de la vergüenza al hacer semejante confesion. Y con mas razon cuando subsiste el deber sagrado que tenemos de dar testimonio al mundo de todas las cosas que Jesucristo nos ha enseñado, por medio de su doctrina consignada en los

santos Evangelios.

Ahora bien; siendo así que permanecen en todo su vigor los deberes que nos impelen á clamar con energía en contra de los males que ligeramente bosquejamos, ¿seria lícito que con perjuicio de nue tros hermanos, traspasándolos, no dándoles el cumplimiento necesario, conservásemos una posicion indiferente teniendo cerrados nuestros labios? Una y mil veces no. Hé, aquí, la norma de nuestras acciones: El cumplimiento de los preceptos de Dios.

¿Cómo hemos de ver con indiferencia que se abuse del candor de nuestras familias en el interior de un templo y desde el asiento del confesonario? ¿Cómo hemos de consentir que con astucia se apoderen los súbditos del Papa de la influencia que tienen sobre nosotros el amor de nuestras esposas, el cariño y las sonrisas de nuestros hijos, para hacerse los dueños de los secretos de nuestro hogar, de las desgracias de nuestra vida, de los dramas ocultos de nuestra alma, para sojuzgarnos mas tarde y disponer en nuestra contra la voluntad de aquellas criaturas que en un tiempo nos amaran? ¿Cómo hemos de ver impasibles que como fantasmas horribles, se persiga al moribundo en el lecho del dolor, en los momentos mas respetables de sus sufrimientos, distrayendo su mente con los negocios temporales del mundo, en lugar de enseñarle el camino del cielo, procurando por medio de la oracion, que su alma comparezca ante Dios tranquila y serena, estando inflamada del fuego ardiente de la fé cristiana, de esa fé que nos hace depositar toda nuestra confianza de salvacion en el augusto Sacrificio del Calvario, en el poder divino de nuestro amante Redentor? Jamás, jamás...!

El único juez de nuestras conciencias es Dios, y el poder de darnos el perdon absoluto de nuestros pecados y la gracia de la felicidad eterna solamente se encuentran en las manos de la Divinidad.

Desgraciados de nosotros si nuestras esperanzas tienen por apoyo las débiles fuerzas del hombre.

El único Salvador que tenemos es Jesu-

cristo. Que no nos engañen; esta es la ver-

Que no nos fascinen con sus palabras Dicen que nos aman y trabajan con astucia porque nos pongamos de hinojos ante su presencia, para que les confesemos has ta los mas ocultos de nuestros pensamientos. ¿Es esto amar? No; mentira. No es así en la verdadera Iglesia de Cristo; no es esa la conducta de los discípulos del Sal vador; ese ejemplo no se presentó en nin guna parte por los apóstoles en la edad de oro del cristianismo.

Abrid la Biblia y leed. Entónces verei mas claramente que la iglesia romana en seña doctrinas contrarias á la doctrina d Jesucristo, y que no tiene derecho par presentarlas como de orígen divino. Com prendereis ademas que por esta razon e que todos debemos conocer que la perju la dican en extremo; ella no quiere en reali dad, aunque diga lo contrario, que nos il 081 lustremos, porque así descubriremos tod te la fealdad que con careta de hermosura no 00

requiere que acatemos.

Sin embargo de que su voz no resuen sic en nuestros oidos anunciándonos que es l única depositaria de la verdad y que sol dentro de su seno podemos salvarnos, n nos durmamos tranquilos crevendo que y dejó de emplear sus ardides para espantar nos y hacernos sus esclavos, que ya no tra ta de oprimir nuestras conciencias, porqu todavía puede aprovecharse de un amigo ó de un hermano que tenga aún bajo s dominio, para herir las fibras mas delica Ist das de nuestro sér, combatiéndonos con la d criaturas que mas amamos en el mundo n tal vez con el cariño de nuestros padre la Permanezcamos firmes en la doctrina d Jesucristo; que nada sea capaz de apartar (nos de ella ni en los instantes de mori Pero tambien veamos con cuidado por dór de se combate á nuestra alma para de truirle sus mas firmes convicciones co una astucia maligna; y en fin, estemos: percibidos para defendernos, porque el ac versario acecha, está en la sombra.

JESUS MEDINA.

PROGRESOS DEL EVANGELIO.

Grandes son las esperanzas que dia p dia robustecen nuestras ideas. En el te reno de la práctica hemos visto con indec ble placer levantarse violentamente el cu to que destinado á Dios le tributa nue tras fervientes oraciones, y aumentarse